



Mesa redonda
ESPERAR CONTRA TODA ESPERANZA
SÓLO LA FE ES DIGNA DE ESPERANZA
Joseph Roth

2ª Exposición de la Mesa Redonda del XIV EFCSM 2019

Selina Pilar Bustamante

© 2019. **Fundación Maior**

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

SÓLO LA FE ES DIGNA DE ESPERANZA

La vida y obra de Joseph Roth forman una unidad indisociable. Su vida es su obra, y su obra su vida. Vamos a hacer un breve recorrido sobre ambas, es decir, sobre su persona. Bosquejaremos brevemente su origen, su camino, su conversión y su esperanza.

Fue una persona fundamentalmente libre, por lo tanto cabe en él lo inesperado. Nace judío, en su juventud espira un socialismo filocomunista, y en su pronta madurez deviene católico. Es pura poesía.

Origen

Nace en una familia judía, su madre se llama Miriam y su padre cae en una locura que le ausenta de la familia antes de que nazca Moses Joseph un 2 de septiembre de 1894 en Brody.

Era un niño muy despierto, con esa percepción tan habitual en la infancia —si no se la perturba inoculándola lo que cada época aporte para la disolución del ser— que nos lleva a la contemplación de lo real, de lo que debería ser. La locura de su padre fue para él motivo de inquietud, ya que acariciaba la idea de que pudiera ser hereditaria. Tenía gran capacidad de observación y de contemplación, y una sensibilidad muy despierta. En una de sus cartas desde el exilio a su queridísimo amigo Stefan Zweig dice¹:

“... no olvide que yo desde mi oscura niñez suspiraba por la santidad... desearía hacerme monje. Supuesta la gracia”.

Comienza a ganarse la vida en Viena publicando artículos para periódicos, y pronto se reconoce la riqueza de su mirada. Como joven judío de la época simpatiza con los bolcheviques y hasta llega a firmar sus artículos como Joseph el Rojo. Pero un viaje a Rusia como corresponsal hace que toque la realidad bolchevique y vuelva desencantado. La realidad siempre se impone. No tiene prejuicios, ni defiende ideas ni ideologías. Él ve, y da cuenta de lo que ve, es un notario de lo real. Tiene la capacidad de verla; de verla interiormente².

Se casó con Friedl, a los veintiséis años, en 1920, y en 1929 se le desencadena una esquizofrenia que acabó con ella en 1940 a manos de la ley de eutanasia para enfermos mentales promulgada por el régimen nazi. Su familia de Galitzia murió toda en el campo de concentración. Gracias a Dios él no lo vio desde esta tierra.

Sufrió mucho, y seguramente le ocurrió como pronostica uno de sus personajes en la novela *Job*³: “El dolor le hará sabio. La deformidad, bondadoso. La amargura, dulce. Y la enfermedad, fuerte”.

¹ En la colección de cartas reunidas en el volumen titulado: *Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927-1938)*, Ed. Acantilado.

² Una de las quejas que revoloteaban sobre Roth es que contaba las cosas “a su manera”, que fabulaba, que inventaba con mucha frecuencia, sobre todo en lo que respecta a su intervención en la Gran Guerra. Uno de los amigos de Roth interpretaba su inclinación por la “mentira” de esta manera: “No miente, poetiza. Convierte en poesía toda su vida. Es un observador excepcional. Sin embargo, no puede narrar los acontecimientos que ve y vive tal como los ha visto y vivido. A veces les pone un solo grano de poesía, otras veces lo transforma todo de pies a cabeza”. En su largo trabajo como corresponsal para el *Frankfurter Zeitung* despachó muchas crónicas. Según Cziffra (amigo de Roth), sus “informes no eran objetivos y secos, sino pintorescos y poéticos, a veces a costa de los hechos. Cuando ocasionalmente le reprochaban eso, Roth acostumbraba a defenderse: ‘no se trata de la verdad, sino de la verdad interior’”.

³ *Job*, 1930.

Recorrido

Primero nació judío. Conocía la Biblia muy bien; era un gran lector de narraciones. Conocía muy bien el judaísmo, y a los judíos. En todas sus novelas hay judíos de todo tipo: sabios y sencillos, usureros y despreciables. No hacía causas de nada ni agrupaba gregariamente a ningún colectivo. Para él, como para Dios, solo hay individuos⁴. Llegó a saber que la verdad es persona⁵. ¿Cómo llegó a esta certeza?

Estudió filosofía y literatura, y vivió mucho. Vivió la Gran Guerra, vivió con campesinos de la estepa, con bolcheviques, con revolucionarios y en sus experiencias supo escuchar la voz de Dios que no habla con discursos sino con experiencias otorgadas⁶.

Pero sobre todo el arte, la literatura, fue para él el camino del encuentro. Era un poeta, como dijo Musil al leer su novela *Job*. Y como todo poeta escribe desde lo que conoce, desde la experiencia. Tuvo necesariamente que prestar atenta atención a su relación directa con lo Real.

Y así llegó a la verdad: por la poesía y por Francisco José, el último emperador católico, romano, apostólico. Quien no deja de ser también pura poesía.

Él mismo lo explica así⁷:

*“Yo, como todos mis amigos, no era creyente, nunca iba a misa,.... Yo entonces odiaba a la iglesia, y ahora que soy creyente me doy cuenta de por qué la odiaba; era la moda..., me habría dado vergüenza decir a mis amigos que había ido a la iglesia... Se trataba de una especie de petulancia que no les permitía reconocer la tradición en la que habían sido educados. En realidad no querían desprenderse de **la esencia de la tradición**, y a mí me pasaba igual; nos rebelábamos contra las formas de la tradición porque no sabíamos que **la forma verdadera es idéntica a la esencia, y que era infantil querer separar la una de la otra...**”*

Como poeta y esteta, conocedor de la tradición (judía, cristiana, europea) vio claramente que el fondo y la forma son la misma cosa. Vio la forma y vio el misterio, ambos indisociables. Vio que era imposible arrojar la forma y quedarse con la esencia. La esencia y su contenedor, la forma, no se pueden separar.

Como dice Yves de Bonnefoy: “La poesía permite encontrar lo real en la vida, en su relación con el tiempo y su discurrir. Eso es algo que solo el lenguaje permite, es un recreador de la realidad”. Y como dice Mallarmé: “La poesía es la expresión, por el lenguaje humano llevado a su ritmo esencial, del sentido misterioso de los aspectos de la existencia: ella dota así de autenticidad a nuestra permanencia y constituye la única tarea espiritual”.

El núcleo del lenguaje poético es la analogía, instrumento que permite mostrar una red de relaciones entre todo lo creado. De este modo, lo poético se vincula con la religión, ya que ésta también une todo lo disperso. En este sentido, lo poético se ve como la expresión de la vivencia

⁴ “El individuo: la herramienta designada por Dios. Es decisivo desde el punto de vista histórico”. Este es uno de sus comentarios en el *Anticristo*, 1934.

⁵ “Un país entero, una patria incluso, son cosas abstractas, pero un campesino es algo concreto. Porque es algo individual, el sentido más íntimo de lo familiar”. Así dice el narrador de *La Cripta de los Capuchinos*, 1938.

⁶ Parafraseando a Nicolás Gómez Dávila.

⁷ Así lo explica el narrador de *La Cripta de los Capuchinos*. Novela que transparenta mucho de su persona.

religiosa, y viceversa. Y también como una historia de amor, ya que el amor tiene la capacidad, además de crear, de unir.

Esta capacidad de unir lo disperso la percibió Roth en Francisco José, quien es la encarnación del espíritu de la antigua monarquía. El narrador de su novela *La Cripta de los Capuchinos* lo dice así:

“Comprendí que incluso los paisajes, los campos, las naciones, las razas, las cabañas y los cafés, están sujetos a una ley natural más fuerte que les permite convertir la lejanía en algo cercano, hacer que lo que le es ajeno a uno se convierta en algo familiar, unir lo que tiende a disgregarse. Me refiero al espíritu de la antigua monarquía, mal entendido y despreciado, que actuaba de esta forma, y que hacía que yo me sintiese tan en casa en Sipolje como en Zlotograd, o en Viena”.

Porque Austria para Roth era en realidad una religión. Y la fe es la patria del alma. La única patria es el amor. Así habla también el narrador de *La cripta de los capuchinos*:

“Austria no es un Estado ni una patria ni una nación. Es una religión, y los clérigos, y los idiotas de los clericales que nos gobiernan ahora hacen de nosotros lo que ellos llaman una nación...”

“El milagro austríaco consistió en que no fue una patria material, sino espiritual del genio... Fue el único estado con innumerables contrastes y las mínimas tensiones. Sus contradicciones sólo se manifestaban como divergencias.... Pero hoy el mundo se ha vuelto simple y no comprende el barroco — una humorada—...”

Otra consecuencia de la presencia de ese misterio era la impresión de que la sociedad anterior a la Gran Guerra era sostenida y resguardada por el manto del emperador bicéfalo. Esa sensación de metrópoli despreocupada confiada en la garantía de unas estructuras y perspectivas halagüeñas, esa sensación de una seguridad absoluta, donde cada ciudadano sabía lo que le correspondía y cada cosa tenía su preciso lugar. Esta sensación es posible sólo si subyace, conscientemente o no, una confianza en alguien que lo sostiene todo. Alguien que está comprometido de tal modo que por ningún motivo los abandonaría a la suerte de los egoísmos particulares. Es, en definitiva, esa confianza en que hay alguien bueno que se ocupa de nosotros. Esa confianza recaía sobre la persona de Francisco José, que no deja de ser la persona visible vicaria de otra persona misteriosa omnipresente que gobernaba el mundo; al menos que gobernaba el sacro imperio austrohúngaro. Una vez decapitado el imperio, y descuartizado, esa seguridad se perdió y llegó la resignación de verse en manos de cualquiera. Así lo expresa el sabio judío Salomón en *El busto del emperador*⁸:

“Y el conde le preguntó al judío:

_Salomón, ¿qué piensas del mundo?

_Señor conde —dijo Piniowsky—, ya no pienso nada de nada. El mundo se ha ido a pique, ya no hay Emperador, se votan presidentes, y es como si me busco un abogado competente cuando tengo un pleito. Así, el pueblo entero elige un abogado que le defienda. Pero, me pregunto yo, señor conde, ¿ante qué tribunal? Ante un tribunal compuesto nuevamente por otros abogados. Y aunque el pueblo en sí no tiene ningún pleito y tampoco necesita defenderse, todos sabemos que la mera existencia del abogado ya nos echa encima los pleitos. Así que ahora no dejará de haber pleitos constantemente”.

Nobleza

Otro aspecto fundamental de la figura del emperador y el espíritu de la monarquía es la nobleza. Siempre hay un noble en su prosa. La nobleza, la verdadera nobleza, guarda en su forma la caridad

⁸ *El busto del Emperador*, 1935.

cristiana, porque en su origen no deja de ser mero cristianismo. Así lo vio Roth. Aun cuando el origen de esas formas, el amor al prójimo, se haya perdido en quien todavía las guarda, esa forma no deja de expresar el amor que alguien sí que profesó en un principio. Esa admiración de la verdadera nobleza, que no es otra cosa que el mero cristianismo, es lo que admiró en Francisco José; y lo que sedujo su mirada para que después de pasar por el socialismo anarquista, reconociera la grandeza del imperio austrohúngaro, cuyos valores no se promulgaban con eslóganes o con ideas, sino que se encarnaban en la figura de una persona concreta: Francisco José. No son valores, sino virtudes, lo que se conservaban en las formas del imperio. Así aprendió también que no se puede seguir a una idea, no se puede ser fiel a una idea, a un ideal, a algo abstracto; sino que sólo se puede ser fiel a una persona concreta. Porque sólo se puede amar a una persona concreta, sólo se puede entregar la vida a Otro.

Así venera a la aristocracia, pero en su sentido auténtico; e incluye a cualesquiera, por ejemplo a los judíos. Así dice el conde de su novela en *La Cripta de los Capuchinos*:

“A mis judíos polacos les afecta lo mismo un castigo que un favor; a su manera son aristócratas, porque lo que distingue a los aristócratas de la demás gente es la serenidad”.

Conversión

El caso es que Joseph Roth se convirtió al catolicismo. Quizá le llegó la conversión como a uno de sus personajes en su última obra *La leyenda del Santo Bebedor*⁹:

“...resulta que me he convertido al cristianismo después de haber leído la historia de la pequeña santa Teresa de Lisieux. Y ahora venero muy en especial la estatuilla de la santa que se guarda en la capilla de Sainte Marie des Batignolles”.

O simplemente se convirtió como también dice el narrador de esa obra:

“Le había tocado en suerte, efectivamente, el milagro de la conversión... No hay nada a lo que más fácilmente se acostumbre una persona que a los milagros, cuando los ha conocido una, dos o tres veces... y simplemente, dentro del milagro no hay nada extraño”.

También vio y apreció la forma en la iglesia. Así lo expresa uno de sus personajes, el conde Chojnic, en *La Cripta de los Capuchinos*:

*“La iglesia de Roma, en este mundo podrido, es la única que da forma, que conserva la forma, que reparte la forma... ha encerrado en el dogma lo tradicional, el legado del pasado, como en un palacio de hielo, y ha dado a sus hijos la libertad de obrar libremente en torno a ese palacio, que tiene un patio ancho y espacioso; ellos pueden actuar erróneamente, incluso llegar a lo prohibido, pero donde hay pecado saben que también hay perdón. La Iglesia no cuenta con el hombre perfecto, y esto es lo que **tiene de eminentemente humano**. A sus hijos sin falta les eleva a la categoría de santos; de esta forma admite de forma implícita el pecado, en la medida que no considera que uno sea humano si no es pecador: los demás son bienaventurados o santos. De este modo demuestra la iglesia de Roma su inclinación por la misericordia y el perdón”.*

⁹ *La leyenda del Santo Bebedor*, 1939.

Se perciben en Roth claramente los síntomas de una persona convertida: alabanza, valorar la vida en todas sus formas como fin en sí mismo, el dolor de los pecados, el sufrimiento purgante propio del purgatorio, la conciencia clara de su misión particular, y el calvario. Veamos una pequeña muestra de cada uno de estos aspectos.

Alabanza. En toda su obra (desde el principio) y en sus cartas se refleja la transparencia de la mirada de Joseph Roth. Su honestidad en la narración, su perspicacia, su capacidad de escrutinio de las inquietudes y deseos humanos no dejan de ser reflejo de ese espíritu apasionado, amante, curioso¹⁰. Es una constante el canto, la alabanza a la naturaleza que le rodeaba; alabanza que no deja de contener ese agradecimiento al creador por la mera creación. Así lo expresa por ejemplo el narrador de *La Cripta de los Capuchinos*:

“...y era un cántico de gloria a la esencia misma de la vida el coro alegre de las ranas, que sabían mejor que yo por qué las había creado Dios, no sólo a ellas, sino también a su patria, el pantano”.

Valorar la vida en todas sus formas. En una de sus novelas, *La Marcha Radetzki*¹¹, vemos cómo el protagonista, el padre Trotta, va al hospital tras terminar la Gran Guerra en la que había muerto su único hijo, y suspiraba por poder verle aunque fuera en el estado en que veía a esos excombatientes tullidos, tarados, trastornados, con brazos retorcidos... pero al menos eran brazos a los que poder besar. Él celebraba la vida en todas sus formas, como si vislumbrara que simplemente el ser es suficiente para contemplar el misterio. O bien en *La Cripta de los Capuchinos*, donde el narrador celebra la vida de su madre con la cabeza ida definitivamente tras un ictus; pero al menos estaba ahí:

“...incluso así era para mí una alegría verla por las mañanas todavía viva”.

Y dice este narrador:

“¡Qué bondadosa es la naturaleza! Las carencias que regala la edad son una gracia. Nos regala el olvido, la sordera y la debilidad de los ojos a medida que envejecemos, y luego, poco antes de la muerte, un poco de confusión también. Las sombras que la muerte manda por adelantado son frescas y bienhechoras”.

Dolor de los pecados. *La Cripta de los Capuchinos*¹² es su última novela relativamente larga. En ella es fácil ver en el narrador un remedo de su persona. De hecho hay muchos guiños que así lo indican. El narrador es el protagonista que cuenta parte de su vida. Cuenta desde la distancia de la madurez convertida, su incipiente juventud insulsa. Se aprecia el dolor de los pecados. El narrador de *La Cripta de los Capuchinos* dice así:

¹⁰ Esa “curiosidad del novelista” como definía Roth, que no es la vulgar curiosidad morbosa y huera tan habitual. Sino una curiosidad apasionada llena del deseo de conocer al otro quizá sólo para poder amarle más.

¹¹ *La Marcha Radetzki*, 1932.

¹² *La Cripta de los Capuchinos*, 1938; un año antes de morir.

“[...] éramos demasiado jóvenes para despreciar la noche. Sin embargo, como me di cuenta después, a lo que teníamos miedo era al día, mejor dicho, al mediodía, la hora más clara del día. Entonces uno se ve y es visto con claridad, y nosotros no queríamos que se nos viese con claridad”.

El dolor del purgatorio. En un momento dado de esa obra, cuando muere un viejo servidor de la familia en el mismo día de su propia boda (de la boda del narrador), se da un punto de inflexión cargado de sentido. Como si una fugaz epifanía le hiciera sentir el dolor del purgatorio. Ese dolor del amor no dado. Ese dolor tan doloroso:

“...era como si en una sola hora tuviese que compensar los 21 años de mi vida consumidos frívolamente y sin amor, y en vez de empezar una nueva vida como todo joven esposo, me esforzase ahora más bien en corregir la pasada”.

La misión de decir la verdad sin descanso. En una de sus cartas¹³ a su querido amigo Stefan Zweig habla sobre el sentido de su escritura. ¿Por qué escribir? La respuesta es sencilla y es la habitual de todo escritor de verdad: porque no puede dejar de hacerlo. Como dijo él mismo, entendía el mundo sólo escribiéndolo. Desde la fe, desde su conversión, tenía muy claro su misión en este mundo mientras le quedaran fuerzas:

“¿Qué nos queda más que la fe apasionada en la fuerza inmanente de la palabra verdadera, de la palabra auténtica, llena de sentido, sencilla, aquélla que viene de Dios y del alma?”

“... aun así hablamos, escribimos, porque sabemos que las palabras veraces no mueren. Nuestra fe es sólida porque no teme la duda. Al contrario, ésta la refuerza. También al final será la palabra verdadera tan clara como lo fue en el principio”.

Aunque sabía que escribía en el desierto (como lo decía él mismo), también sabía lo que debía hacer:

“Nosotros que hemos recibido la espada de la razón no tenemos derecho a tirarla”.

Tenía muy claro ese “¡Ay de los tibios!” Decía:

“Nada es tan brutal como la indiferencia frente a lo que ocurre en el terreno de lo humano. La indiferencia es el enemigo de todos los pueblos”.

El Calvario. Esa misión llevaba consigo también el calvario. Era evidente para él que el único camino posible era el calvario. En una carta a Zweig¹⁴ así lo expresa:

“No veo otro camino que el del calvario que conduce a Cristo y a ningún otro judío más grande. No veo otra cosa más que la fe cristiana —ninguna literatura— y no creo en este mundo como tampoco que se pueda influir sobre él.

¹³ En la colección de cartas reunidas en el volumen titulado: *Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927-1938)*, Ed. Acantilado.

¹⁴ Carta del 19 de agosto de 1935.

No creo en la humanidad, sino en Dios, y que la humanidad sin su Merced, es un pedazo de mierda. Pero confío en su Merced. Solo me importa Dios (mi misión terrenal). Mire, usted creyó en la humanidad y no cree del todo en Dios, por eso está desesperado. Sólo Dios puede ayudarle y librarle de los errores que comete a cada paso”.

Veía el calvario como único camino. Quizá lo vio de forma tan explícita y con el campo semántico explícitamente católico en su madurez, tras la conversión. Pero en sus primeras novelas, desde siempre, ha estado presente los caminos de sufrimiento los cuales dan pie a una introspección que produce en cierta manera una conversión, cuyo resultado es inesperadamente un final glorioso. Algo así como la eucatástrofe de Tolkien, que contra toda esperanza al final todo sale bien.

Sus personajes son unos Jobs cuya esperanza, lo sepan o no, está al final del camino del vía crucis. La esperanza, muchas veces inconsciente, espera la Gloria final y definitiva que nos regala el Señor. Independiente de que los personajes renieguen o no del calvario, al final la misericordia es mucho más grande que su rebeldía. En distintos grados de conciencia, los personajes siguen el camino de Cristo.

Con palabras de Balthasar, los personajes son una variación sobre el vía crucis de Cristo como si cada uno padeciera algo de “lo que aún falta a su pasión”.

Por ejemplo, Andreas Pum, el protagonista de *La Rebelión*¹⁵ es un claro ejemplo del tránsito por un vía crucis absurdo, fruto de la Gran Guerra y parte fortuito, que acaba incomprensiblemente en una bonita historia de redención. Así lo cuenta el narrador de esta obra:

“Expulsado de la fe sencilla en el emperador y en la virtud, en la verdad y en el derecho. Antes las cosas eran más fáciles. Todo estaba asegurado. Cada piedra estaba en su sitio. Los caminos de la vida estaban bien empedrados.... Pero hoy en día las piedras del camino están puestas de cualquier manera, formando a veces peligrosos montones, y los techos tienen goteras...”

Andreas cree en el Gobierno, el emperador murió hace años. Él es fiel y honrado y desprecia a los infieles, revolucionarios y malhechores, pero una fatalidad del destino hace que se sienta injustamente tratado, y no hay nada más doloroso que sentir la injusticia inmerecida. En esos momentos recordamos la pasión. Pero Andreas no es Cristo, y esa injusticia sentida hace que un odio irrefrenable se apodere de él. Y se convierte en un impío, en un rebelde que simpatiza con los malhechores a los que ve como vengadores del bien común. Hasta ese punto reniega Andreas de todo orden establecido, y reniega de Dios.

En el caso de Andreas Pum este dolor, esta injusticia, hace que comience en él un proceso maravilloso hacia la lucidez, hacia la mirada sencilla del mundo creado, hacia él mismo aunque ni él es consciente de ello... él sigue enfadado. Y magistralmente, resuelve Roth este enfado que conduce a un deterioro físico y delirante del personaje. Ha sido enjuiciado por la justicia civil simplemente por un malentendido. Pasa en el calabozo un tiempo que deviene en un reencuentro con su memoria, con su origen amoroso, con su niñez; un reencuentro con él mismo, con una versión más real de él mismo. Y finalmente, cuando el proceso se agota, vive una ensoñación en la que confunde la vista del juicio con el juicio particular tras la muerte. Ante el juez toma Andreas la palabra, y en su furia reniega de Dios; está furioso contra todo, quiere ir al infierno.... Pero lo dice así: “Renegaría de ti si no te viera....” Era efectivamente su juicio particular tras la muerte. Y después

¹⁵ *La Rebelión*, 1924.

de renegar ante la presencia del Juez, este se levanta, se hace inmenso, y esboza una tierna sonrisa. Andreas se echa a llorar.

Y es que en Roth la presencia de Dios es incontestable. Por mucho que reneguemos de ella, Él nos acoge en su inmensa misericordia. Es como los renuevos de la primavera que tanto menciona Roth, que se imponen sin remedio. Así el amor de Dios se impone sin remedio. Y por mucho que reneguemos, su misericordia es insondable.... Y ríe y nos abraza... Como a Andreas Pum y a Mendel Singer (el protagonista de *Job*). Porque Él nos amó primero a pesar de nuestras torpezas, pecados y obcecaciones, que al lado de su misericordia se pulverizan sin dejar rastro.

Personas fieles, correctas, que confían en el Gobierno como es el caso de Andreas, o que confían en Dios como el judío Mendel —que como un Job siente el azote de Dios y se enfada tanto con Él que llega al punto de querer quemarlo—, o personas que presuponen que todo el mundo tiene un corazón noble, como el conde Morstin; de pronto se ven sometidas a los vaivenes de la providencia, o de la casualidad según cómo lo interpreten, y pasan de la suerte al infortunio de la noche a la mañana sin saber por qué, ni para qué.

Mendel Singer (el protagonista de la novela *Job*), o el conde Morstin (protagonista de *El busto del Emperador*), viven procesos análogos al de Andreas Pum pero en historias muy diferentes. Podríamos resumir el proceso en esta secuencia: el personaje vive en una confianza inicial (que ha sido recibida y de la que no se duda en absoluto) en el Gobierno, o en Dios, en definitiva una confianza en que el mundo está ordenado y lo cuida alguien bueno, y que todos somos honorables y amantes de lo verdadero. Luego el personaje vive un encuentro directo con el mal, con el mal del otro y con el propio mal. Constata que el mundo en realidad está lleno de falsedades y de absurdos. El encuentro con el mal. Y la tercera fase es la consciencia de verse impotente y que sólo cabe esperar que Otro resuelva este mundo irresoluble que se encuentra en manos del hombre. Lo único posible es padecer el calvario confiando en Cristo. Solo desde ahí viene la alegría, la paz y la redención.

Así describe el narrador de *El busto del Emperador*¹⁶ cómo se le cae el velo de la confianza absoluta al Conde Morstin:

“Fue como si hasta ese segundo —Él, que sin ponerlo nunca a prueba había dado por supuesto que todo hombre posee el don de la decencia— no se hubiera dado cuenta del error de su vida, del error de todo corazón noble, a saber: la confianza en la gente, la confianza incondicional. Y el repentino reconocimiento de su error lo llenó de vergüenza noble que es una fiel hermana de la ira noble. Ante la visión de la bajeza el corazón noble se avergüenza doblemente: en primer lugar porque su mera existencia ya le avergüenza, y porque su corazón ha sido presa del engaño. Se siente engañado y su orgullo se rebela contra quienes hayan podido engañar su corazón”.

El conde Morstin, al final de sus días, es capaz de expresar la certeza a la que ha llegado después de haber vivido, y después de haber meditado sobre lo vivido. Desde la distancia es capaz de entender. Así escribe él mismo:

“He visto cómo los listos pueden volverse tontos; los sabios, necios; los verdaderos profetas, mentirosos; y los amantes de la verdad, falsos. No hay virtud humana perdurable en este mundo, excepto una: la

¹⁶ *El Busto del Emperador*, 1935.

verdadera devoción. La fe no puede decepcionarnos, puesto que no nos promete nada en la tierra. La verdadera fe no nos decepciona porque no busca ningún beneficio en la tierra.

Y a continuación, acto seguido, pasa de lo personal a lo colectivo del siguiente modo:

“Aplicado a la vida de los pueblos, esto significa lo siguiente: los pueblos buscan en vano eso que llaman las virtudes nacionales, más dudosas aún que las individuales. Por eso odio las naciones y los estados nacionales. Mi vieja patria, la monarquía, era una gran casa con muchas puertas y muchas habitaciones, para muchos tipos de personas. Esa casa la han repartido, dividido, la han hecho pedazos. Allí ya no se me ha perdido nada. Estoy acostumbrado a vivir en una casa, no en múltiples compartimentos”.

Vivencia metafísica de la historia. La filial del infierno en la tierra.

Pero a Roth se le dio el privilegio de ver el mal de un modo extraordinario: “*El demonio, desde Sodoma y Gomorra, nunca se había atrevido a tanto*”; escribía Roth en uno de sus artículos recogidos en *La filial del infierno en la tierra*.

Vivió como un doble calvario: el suyo particular, y otro colectivo, el de la sociedad en la que le tocó vivir, la Alemania nazi. Desde mucho antes de que Hitler ganara las elecciones en 1933 él ya escribía con una clarividencia admirable las consecuencias de todo lo que se había ido gestando desde los años 20, y que comenzaba a cristalizar con la llegada de Hitler al Reichstag. En sus novelas primeras, por ejemplo en *La tela de araña*¹⁷, se describe ese ambiente del periodo de entreguerras que hizo posible no sólo la cristalización sino el triunfo del nazismo no sólo en Alemania.

“*Tan sólo los débiles diletantes progresan bajo la cruz gamada*”, dice Roth. Además de decirlo, lo muestra perfectamente a través de su personaje Theodor Lohse, protagonista de *La tela de araña*. Este personaje mediocre, venido a menos, maltratado por su familia, sin cariño y sin padre, ve en el nazismo un camino de triunfo que puede llegar a satisfacer ese deseo de *querer ser* tan “natural”¹⁸ que acaricia todo ser humano¹⁹. Pero aun así, cuando vemos el montón de escombros en el que se ha convertido Theodor Lohse²⁰, aun así, Roth magistralmente nos muestra esa rendija, esa grieta a través de la cual es capaz de germinar y de crecer un brote de verde, un brote de esperanza. Porque ese débil brote es más fuerte que el montón de escombros.

Roth es un maestro en rescatar en sus personajes ese resquicio por el que irremediamente se cuele el amor. El amor, que como el agua, siempre busca y encuentra al menos cómo llegar.

Vivió su camino de sufrimiento particular que con los siguientes datos es muy fácil de imaginar. Nunca tuvo una residencia fija, nada en propiedad. Solamente vivió en un piso unos meses después de casarse, pero acababa bajando a un bar a escribir porque no soportaba la sensación de sentirse acomodado, como ya instalado, la sensación de haber llegado a algún sitio definitivamente. Esto le produjo mucho sufrimiento porque consideraba que no había proporcionado a su mujer un hogar digno a su estado, y sospechaba que podría haber influido en el desencadenante de su esquizofrenia.

¹⁷ *La tela de araña*, 1923.

¹⁸ Tan diabólico en realidad. Pero el hombre moderno lo vive de forma natural porque ha sido educado para ello. Esto se muestra magistralmente en *El Paraíso Perdido* de Milton. Ahí se muestra claramente cómo ese deseo de *querer ser*, tal como lo vive Theodor Lohse, es exactamente el mismo que el de Satán. Se apoya en los mismos argumentos y en los mismos deseos.

¹⁹ Personaje cuyo origen desvalido emocionalmente recuerda al personaje de Ödon von Hörvath en su novela *Un hijo de nuestro tiempo*.

²⁰ Llama la atención de que el nombre de pila sea Theodor, don de Dios.

Arrastró también el hábito de la bebida adquirido en una primera juventud muy trasnochadora, y en esos años de Gran guerra. Hábito que en sus años treinta adquirió demasiado poder. Le atrapó²¹. Tras internar a su mujer en un hospital y con la llegada de los nazis al poder, se instaló en París. Allí arrastró una gran sensación de culpa que le hizo sufrir mucho, hasta que aconsejado por Zweig, dejó a un lado su matrimonio y se dejó querer en el ambiente parisino (lo que se deja traslucir muy bien en sus novelas, con el apoyo de la lectura de sus cartas). Cuando tenía dinero era muy desprendido, y se hacía cargo de mucha gente desvalida; pero no tenía medida con el dinero, y no la contemplaba. Eso también le hizo sufrir, porque acabó teniendo que pedir ayuda a sus amigos. Pero aun así, con estas dependencias, con estas debilidades, se vio rescatado por un amor más grande y se dejó hacer en Él. Nunca perdió su extraordinaria lucidez y su sentido del humor, tan importante. Murió en París, cargando con los pecados del mundo, y con los suyos propios, que tanto le pesaban.

A continuación hemos recogido una serie de fragmentos de sus artículos y de sus cartas que dan cuenta de ese calvario que la historia de su siglo había trazado de forma tan perversa.

“A los alemanes se les ha reservado, gracias a un designio inescrutable de Dios, el derecho a introducir el elemento diabólico en la política”.

“La voz de la verdad es discreta, la de la mentira ruidosa. Tan poco segura de sí está la mentira, que tiene que gritar con vehemencia.

No se profana la palabra, que era en el principio, sin profanar el espíritu, la fe, la dignidad la libertad.

...La verdad requiere propagación, pero no propaganda. Al demonio no le gusta la transparencia.²²

Así interpreta Roth el 3º Reich, con una clarividencia evidentemente solo posible después de su conversión. Desde una distancia necesariamente metafísica para poder interpretar correctamente los acontecimientos de este mundo:

“El odio a los judíos por parte de los alemanes tiene motivos absolutamente metafísicos, religiosos. No odian a los judíos, sino a Jesucristo, el vástago de la tribu de David. Ellos creen que odian la estrella de Sion, pero en realidad odian la cruz. En realidad odian el sufrimiento que supone el amor.

Crean que en los judíos odian la afición al dinero, a la usura y a la explotación. Pero en realidad odian el sufrimiento, el dolor que supone el amor. Su ‘dinamismo’ conduce a un vacío estremecedor. Sólo el dolor que no conocen y que es lo único capaz de redimirlos, podría hacer que algún día fueran mejores...”

“El antisemitismo nazi fue un pretexto, en realidad se trata de un anticristianismo... se ha comenzado por el boicot a los negocios judíos únicamente para proceder después al de las iglesias cristianas. Se ha escupido la estrella de David, para atacar la cruz. En este método había un sistema... la estrella de David y la cruz de Cristo están emparentadas entre sí, jamás con la esvástica –teoría de Alfred Rosenberg, “El mito del s. XX”... – tal vez aquí por primera vez en la historia los judíos han arriesgado la piel por el cristianismo, y tal vez ésa es la intención de la providencia cuyo sentido y designios desconocemos...”

²¹ Esta esclavitud y sus consecuencias se aprecian muy bien en la correspondencia que mantiene con su amigo Stephan Zweig.

²² Escrito en un artículo datado el 20.3.1938.

“[...] no se referían a la estrella de David, de la que no tenían nada que temer, se referían a la cruz de la que hay que temer mucho más...”

“los alemanes odian a los judíos por haber traído al mundo a Cristo, no por crucificarlo. El antisemitismo alemán no es un malentendido metafísico como lo fue el de la inquisición, sino que es una consecuencia lógica de un racionalismo pagano”.

“Tan solo en el católico alcanza el neopagano el objetivo al que en un principio apuntó con su antisemitismo.

Temen lo indestructible: el evangelio.”

Y la mirada que tiene sobre los judíos no deja de ser conmovedora, llena de ternura y magnanimidad.

“... podría decirse que Dios ha preservado a los judíos del pecado y que por medio de la desdicha les ha concedido la dicha... (ya que de haberse quedado, muchos judíos serían nazis)”

“La desgracia se cebó la mayor parte de las veces tan sólo en los elegidos.”

“Al exterminar a los judíos se persigue a Cristo. Por primera vez no se persigue a los judíos por haber crucificado a Jesús, sino porque lo trajeron al mundo... cuando se queman libros judíos, en realidad se quema la Biblia”.

“¡Jamás los elegidos para que sobre ellos se ejerza la violencia han complacido de tan buen grado a quienes la ejercen! ¡Jamás hubo una aglomeración tan grande de reses dispuestas a dirigirse al matadero!”²³

“Los judíos: poseen una sensibilidad más desarrollada, así como un espíritu cosmopolita que los caracteriza”.

“Los que van a morir no viven más que por una fe inconfesada en algún milagro”.

“...a un país donde se comete el mal no podemos seguir llamándole nuestra patria... incondicional sólo hay un amor: el amor a Dios”.

Sobre la tradición escribe lo siguiente en 1934:

“Soy un reaccionario, creyente, monárquico, y rebose admiración por todos los valores tradicionales”.

“La tradición es el elemento fundamental de cualquier literatura. La tradición alemana ha sido muy humanitaria, y los nazis, al romper con ella, han suprimido la base de nuestra labor artística. ...si los alemanes están poseídos por la idea de la vuelta a la tierra será precisamente porque no están cerca de la tierra... ¡Todo el drama de Alemania radica en esa contradicción!”

²³ Escrito en un artículo datado el 17.XII.1936.

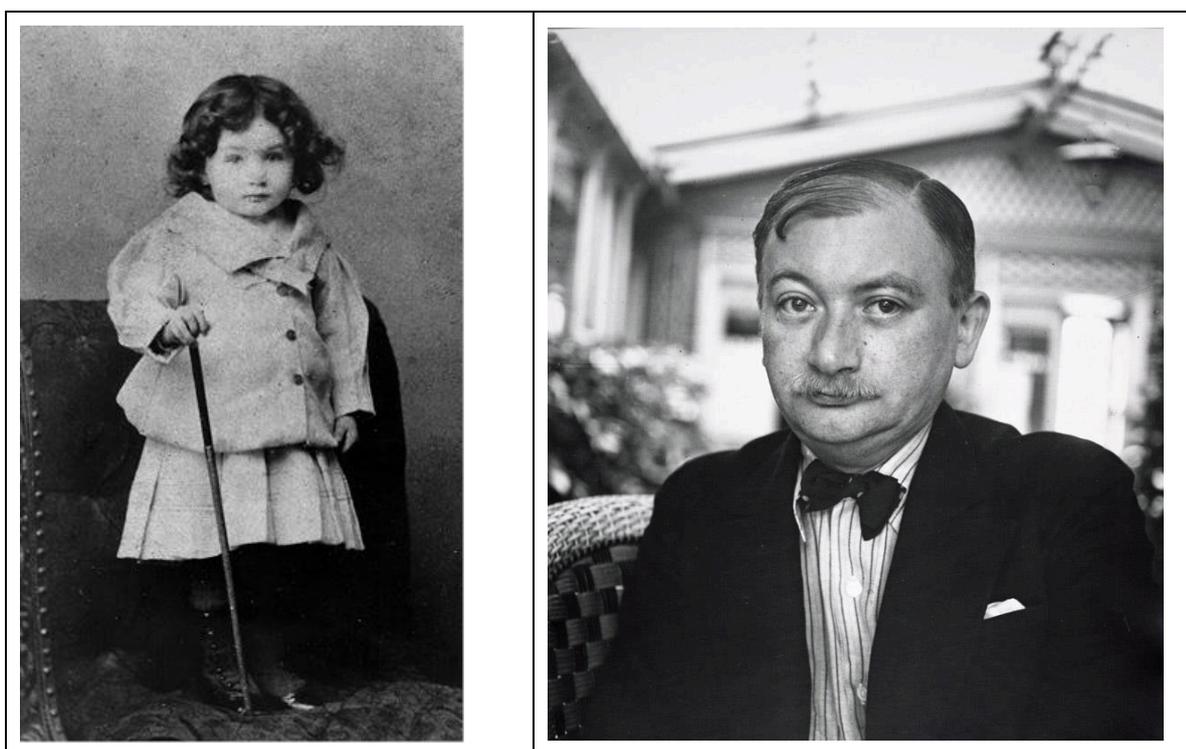
*“El mayor enemigo de la literatura es la vida oficial.
La literatura, al igual que el amor, es cuestión de nervios.... Sólo podrá surgir una nueva literatura
cuando se haya creado una nueva tradición”.*

Conclusión

La vida de Joseph Roth ha sido una vida vivida plenamente. No se reservó en absoluto, puso como suele decirse *toda la carne en el asador*, como si supiera que la verdadera generosidad con el porvenir es darlo todo en el presente, como decía Albert Camus. Y él era sobre todo muy generoso.

Su vida es en definitiva una vida típicamente humana (lo que hoy en día no se da con demasiada frecuencia), es decir, una vida de observación, de búsqueda, de entrega, disfrute, sufrimiento y finalmente de comprensión, conversión, compromiso y esperanza. Aunque esa esperanza estuvo desde el principio. Su vida siguió ese típico esquema en el que al principio todo es muy sencillo y todo está muy claro; luego todo se complica tremendamente y el sufrimiento intensifica todo de manera a veces angustiada; y finalmente todo vuelve a ser muy sencillo, y a estar todo muy claro. Aunque esa nueva sencillez y esa nueva claridad no son idénticas a las iniciales, sino que muestran una madurez acrisolada por los pasos del vía crucis.

Me permito traer aquí este par de fotos en las que veo esa serenidad, esa paz, esa claridad y esa esperanza en la fase inicial, y en la final. Ambas serenidades, ambas paces, claridades y esperanzas son realmente las mismas; pero en el rostro maduro de Roth las expresa tamizadas y depuradas por el sufrimiento, lo que les da una consistencia enternecedora. Todo estuvo ahí desde el principio. Una vida lograda lo mantiene (ese todo) hasta el final, engrandecido y depurado por el cedazo del sufrimiento, y así finalmente se constata que era cierto ese amor inicial que hizo posible todo.



Para concluir de la mano de Hans Urs von Balthasar diremos que: solo el amor es digno de fe, y solo la fe es digna de esperanza.